

LAS VIDAS
DE LOS
PADRES DE LOS DESIERTOS.

SAN ISIDORO DE PELUSIA ¹.

Pelusia, ciudad situada en la embocadura más oriental del Nilo, como lo dijimos ya en una nota, fué en otro tiempo una de las principales ciudades de Egipto después de Alejandría. Según Strabón tenía veinte estadios (3.700 m.) de circunferencia. Se cree que recibió el evangelio en tiempo de los apóstoles. Entre los obispos que asistieron al primer concilio de Nicea se encuentra un Doroteo de Pelusia; y por el tiempo de San Isidoro de quien vamos á hablar, Eusebio había sucedido allí al obispo Ammonio.

Por las cercanías de esta ciudad floreció durante largo tiempo San Isidoro; lo cual ha hecho que se le llamase con el sobrenombre de Isidoro de Pelusia, ó de Damietta, por el error de aquellos que creen que esta ciudad fué edificada sobre las ruinas de la antigua Pelusia ².

Era oriundo de Alejandria, de una familia igualmente noble y rica, y aliada á la del Patriarca Teófilo y de San Cirilo su sobrino y sucesor en la silla de San Marcos. La educación que recibió respondió á la distinción de su nacimiento. Los griegos dicen que adquirió en muy alto grado las ciencias divinas y humanas; y lo que sabemos de

¹ Baronio, los Bolandistas, Evagrio, Tillemont, Dupin.

² La antigua Pelusia estaba situada muy cerca del mar; la ciudad moderna dista de él ocho kilómetros.

sus actos, juntó con los monumentos que nos quedan de su erudición, justifica perfectamente este elogio.

Como la piedad reinaba en su casa, desde el principio sembraron en su corazón las lecciones de la virtud, á medida que se cultivaba su espíritu con las letras; y supo aprovecharse tanto de las verdades de la religión, que estas le desligaron enteramente del siglo y le indugeron á retirarse en la soledad. La leyenda de los Coptos, que celebran su oficio el día 10 de su mes de *Mechia*, lo cual viene á ser el 4 de Febrero, dice que habiendo sido buscado para ser puesto en la silla de Alejandria, se escapó de noche y huyó al desierto de Ferme. Pero esta leyenda está llena de faltas; y las memorias más seguras que tenemos de nuestro santo nos enseñan que todavía era joven cuando abrazó la vida monástica y que se detuvo en una montaña vecina á Pelusia y habitada por muchos solitarios. Era esto verosímilmente en el desierto de Lichnos¹, que San Hilarión, según refiere San Jerónimo, visitó al ir desde Palestina al sepulcro de San Antonio.

Hay autores que han creído que fué abad de aquellos solitarios; pero los antiguos no lo han dicho. Es cierto que se entregó con tanto ardor á los ejercicios de la vida religiosa y á la práctica de las virtudes, que pronto se distinguió entre sus hermanos y mereció su confianza. Evagrio nos da de él una idea en pocas palabras, que dán á conocer toda la grandeza de su mérito. « Maceraba su carne, dice él, con los más rudos trabajos de la penitencia; pero mientras la desecaba con estas austeridades, engordaba su alma con la contemplación de las cosas divinas, y llevaba la vida de un ángel entre los hombres, haciéndose con

¹ Este desierto arenoso, pantanoso, sin vegetacion, era uno de los que imponian mas rudas privaciones á los solitarios. El nombre de Pelusia, en egipcio *Peremoun* (ciudad de lodo), indica bastante cual era la naturaleza de aquella región.

esto una regla viva de la santidad de su estado, y un modelo de unión con Dios por la oracion y el recogimiento, al cual los demás solitarios podian tener continuamente delante de los otros. »

El mismo nos enseña cuales fueron los motivos que le indugeron á hacerse solitario. Esto fué para huir de la turbación de las ciudades, para renunciarse á sí mismo y llevar su cruz. Propúsose imitar en el desierto la vida austera de San Juan Bautista. En efecto andaba vestido con una túnica de pelos rudos, y no se alimentaba más que de hojas é yerbas. Toda su riqueza consistia en este solo hábito, y estaba tan contento de su pobreza que habiéndole uno de sus amigos, llamado Zenón, enviado uno nuevo pidiéndole el viejo, dióle por ello las gracias con amabilidad enviándole (Ep. 475.), por haberle proporcionado por ahí el medio de resguardarse del frio y practicar el consejo de San Juan que no quiere que se tengan dos hábitos.

Separóse desde luego cuanto le fué posible del comercio de los hombres, dando á su corazón todo el placer de gustar las dulzuras de la contemplación; y confiesa que á este tan rígido retiro debía el conocimiento de las cosas de Dios, que su humildad le hacia llamar mediano, aun cuando por sus escritos parece que era de los más luminosos.

Por más cuidado que tuvo desde entonces en ocultarse, el brillo de sus virtudes le hizo traición; y en efecto, Dios le había dado por aquel tiempo á su Iglesia, como un nuevo Elías ardiendo de celo por su gloria, ó un nuevo Juan Bautista el cual desde el fondo de su desierto hizo resonar su poderosa voz contra los desarreglos de los hombres, á fin de conducirlos á Jesucristo.

Fué elevado al sacerdocio, y puede decirse, por el ardor divino de que fué abrazada su alma al recibir este caracter sagrado, que recibió un espíritu de fuego con la imposición de las manos del obispo, de aquel fuego, digo, que Jesu-

cristo trajo al mundo, y que debía causar en él un celestial abrasamiento. La particular misión de Isidoro fué combatir sin consideración humana los vicios y abusos donde quiera que los encontraba. Todo concurría por otra parte á darle autoridad sobre los espíritus: su nacimiento distinguido, las riquezas que había dejado, el desapego de que hacía profesión, la austeridad de su vida, la erudición que había adquirido, el raro talento de emplearla con fuerza y energia, y sobre todo aquellas brillantes luces que había como bebido en el seno de la Divinidad, en su eminente oración, y que le habian penetrado tanto de la santidad de Dios y de sus derechos sobre los corazones de los hombres, que no podía sufrir que fuese ofendido, y que perseguía vigorosamente con su pluma el pecado así en los grandes como en los pequeños, así en el alto clero como en él de segundo orden, así en los gobernantes y magistrados como en el pueblo.

Pronto veremos que ni siquiera perdonó al patriarca Teófilo, aun cuando padre suyo, no menos que á San Cirilo, con ocasion de San Juan Crisóstomo cuya causa defendió, y que Eusebio su obispo no se escapó de la justa severidad de sus amonestaciones, lo mismo que una parte de su clero. Así que la conducta de este prelado era tan reprehensible por sus injusticias y desórdenes, que no se puede tachar á nuestro santo el haberse exedido en celo en sus amonestaciones puesto que el escándalo que resultaba de sus vicios en la Iglesia de Egipto no merecía un censor que fuése menos inexorable que él.

La vehemencia de su celo pareció muchas veces demasiado fuerte á algunos de sus amigos, y créole también enemigos. Pero este grande hombre que solo tenía la vista puesta en Dios, no creyó deberla moderar para complacer á los primeros ni por temor de la persecución de los otros. El testimonio de su conciencia le bastó y estaba siempre

pronto á sacrificar por la gloria de aquel cuyos intereses defendía, todas las amistades humanas, y á sacrificarle también su reposo, su salud y su misma vida. « No creais, dice él en una de sus cartas al sofista Ascleto, que le había indicado que se moderase un poco, que yo cambie de tono y me convierta en un débil adulador. Es necesario ó que ceseis de darme tales consejos, ó que os descuente del número de mis amigos. »

Por la respuesta que dió al obispo Teon puede juzgarse cuán puro y desinteresado era su celo, y de que fuente brotaba cuando tan fuertemente se armaba contra el vicio: « Nosotros somos igualmente culpables, le dice, ó cuando queremos vengar nuestras propias injurias, ó cuando no sentimos las que se hacen á Dios. Si solo se trata de nosotros, usemos de dulzura é indulgencia cuando se nos ha ofendido; pero cuando el ofendido es Dios, no puede sufrirse, sino que hay que dar muestras de indignación. Ved sin embargo cuanta es nuestra flaqueza: somos sensibles hasta el punto de no querer perdonar á nuestros enemigos, y no tenemos más que dulzura para con los que se levantan contra Dios. No obraba así Moisés. Aun cuando fuese el más dulce de los hombres, no dejó de encolerizarse contra los israelitas cuando fabricaron el becerro de oro y su cólera en esta ocasión fué mucho más santa que toda la dulzura que habría podido manifestar. »

El prosigue su justificación con el ejemplo de los santos. « Elías, dice él, se levantó contra los idólatras, Juan Bautista, contra Herodes; y San Pablo contra Elymas. Esto no era más que para vengar la injuria hecha á Dios; pero ellos descuidaban sin pena las que se hacian á ellos mismos. Es verdad que Dios es bastante poderoso para hacerse justicia. Quiere sin embargo que las personas de bien detesten el pecado y lo hagan detestar, y en esta conducta de celo hacían consistir los santos la virtud y la verdadera filosofia. »

La pureza de su celo se manifestaba también por las oraciones delante de Dios con que acompañaba las exhortaciones que hacía á los hombres. Y ¿ cómo se habrían podido atribuir al efecto de un calor humano sus vivas amonestaciones, si mientras al escribir á los que quería corregir, se afligía, lloraba, gemía en secreto por sus faltas á los piés del señor y se esforzaba con todo el esfuerzo de sus oraciones á las que animaba una ardiente caridad, que les concediese la gracia de conversión y de hacer pasar á su corazón las poderosas verdades que les ponía ante los ojos en sus cartas? Así que protestaba frecuentemente á aquellos á quienes las dirigía, que derramaba más lágrimas por ellos delante de Dios, que palabras les escribía.

Si algunos de sus amigos hallaron en algunas ocasiones que su celo era demasiado vivo, puede decirse que era más bien porque ellos mismos tenían demasiada condescendencia, y consultaban más la prudencia humana que los intereses de Dios. Así que San Teodoro era justificado por otros que ponían menos atención á los vanos juicios de los hombres, y hasta algunas veces se vió obligado á defenderse contra algunos que le reprochaban de ser demasiado moderado. Y por último, consta por una parte que jamás se levantó sino contra el vicio conocido y bien averiguado, y por otra, que sus escritos fueron alabados por los más grandes hombres de su tiempo, y por los que vinieron después de él, á escepción de algunos herejes cuyo juicio debe ser despreciado; y aun se encontraron algunos á quienes la evidencia de la verdad obligó á hacer su elogio. Tal fué Gobar el Triteita, el cual le reconoce por un hombre santo y digno de toda clase de respetos, como puede verse en Focio.

Así que cuando se levanta fuertemente contra Eusebio, obispo de Pelusia, basta para concebir la justicia de sus razones, el decir que este prelado impuso las manos á Ti-

moteo Eluro, para hacerle, no ya obispo, sino tirano de Alejandría. Eusebio excluía también del sacerdocio á las personas de bien, y no elevaba á él sino á personas criminales. Aquellos de su clero contra los cuales San Isidoro reclama más fuertemente, son Sózimo, Marón, Martiriano, Pansofo, Lucio, Queremon, Eustatio y Paladio. Los unos habían entrado en las órdenes por la simonía; los otros vendían las ordenaciones. Algunos había que se habían hecho culpables por crímenes por los cuales merecían ser castigados hasta por las leyes civiles. La mayor parte habían sido rechazados antes por Ammonio, prelado muy santo y predecesor de Eusebio; y esta mala elección de ministros había inundado la iglesia de Pelusia de los males que el Santo deploraba.

He ahí pues lo que escitaba su celo y lo que daba un santo atrevimiento para reprender altamente á los pecadores de todos los estados y condiciones. Así que, decía él á un gobernador que había querido atentar contra los asilos sagrados y que se había quejado de su libertad en reprochársela, que eran sus propios actos los que debía condenar, y no los términos por los cuales se expresaban tales cuales eran.

Pero cuán animado estaba para los intereses de Dios y cuantos los sostenía con generosidad, tanto también lo hacía con discernimiento y con una prudencia del todo caritativa. Condenaba igualmente á los que no usaban de la moderación paterna que el Evangelio prescribe, ó que se atrevían á hacerla sin estar para ello autorizados por su estado ó por su carácter. En este sentido escribe á un oficial llamado Leoncio, que había hablado con demasiada libertad de Sózimo sacerdote, culpable de simonía y de una ambición extremada. « Lo que habeis dicho, le escribe, no es más que demasiadamente verdadero, y nadie puede acusaros de calumnia; pero no es necesario que vuestra lengua, que en

esta ocasion es el órgano de la verdad, se ensucie con tales discursos. Un hombre de honor y adornado como vos de muchas virtudes, debe añadir á su corona la gloria de la paciencia. »

No tenía él mayor gozo que cuando veía que sus caritativas amonestaciones habian producido los buenos efectos que se proponía. Entonces su corazón se dilataba, y mostraba por ahí que amaba sinceramente en Dios á aquellos cuyos vicios habia combatido. El conocía todo el precio de las almas ; estaba penetrado de dolor cuando se perdian ; hubiera querido emprenderlo todo para salvarlas ; y dice en una de sus cartas, que sin atreverse á comparar con Moisés ó con San Pablo, tenía un grandísimo deseo de contribuir con todas sus fuerzas á la salvación de todo el mundo.

« Ojalá hubiese querido Dios, escribe también á un obispo amigo suyo, á propósito de un alma á la que Dios habia librado por su medio del peligro de perderse en que se hallaba, ojalá hubiese querido que hubieseis estado aquí para tener parte en nuestros trabajos y en nuestra corona, en las alabanzas y bendiciones que se nos dan. La pereza y flojedad habian relajado á nuestro amigo y debilitado su amor para la celestial filosofia. Nosotros le pusimos de nuevo en el buen camino con nuestros consejos y exhortaciones, y aun más con el auxilio de la gracia de Dios. Ahora celebramos una fiesta en la que cantamos cánticos de alegría por esta victoria, y en la que regalamos á nuestros amigos con banquetes completamente espirituales. »

Tuvo también el consuelo de persuadir á muchas personas, hasta muy ilustres, que abandonasen el vicio y abrazasen la virtud ; pero tuvo también el dolor de ver que otras, principalmente aquellos de entre los eclesiásticos de Pelusia cuyo corazón habia procurado ablandar con sus diferentes cartas, ya dulces, ya severas, no habian cesado de conti-

nuar viviendo con tal escándalo, que muchas personas se imaginaban que no podían recibir de ellos el bautismo, ni los demás sacramentos, y preferían absolutamente no recibirlos, por más amonestaciones que se les hiciesen sobre el particular.

Ellos llegaron finalmente hasta declararle una guerra abierta y también se cree que llegó á ser desterrado ; pero muy lejos de afligirse por esto, se regocijaba como los apóstoles cuando salieron de los consejos de los judios donde habian sido hallados dignos de sufrir por el nombre de Jesucristo : « Vosotros me habeis coronado á pesar vuestro, dice al principal autor de su persecución y ahora puedo decir que Dios me ha concedido la gracia, no solamente de creer en él, sino también de sufrir por él. »

Esto no debilitó su celo. El fué siempre adelante á pesar de la malicia de sus enemigos, porque Dios no cambia, la virtud es siempre igualmente hermosa y el vicio odioso, y la salvación de las almas nunca es comprada á un precio demasiado caro. Por esto es que escribiendo á uno de sus amigos dice estas exelentes palabras : « Prefiero mucho más sufrir persecucion haciendo el bien, que ser aplaudido por haber hecho el mal ; porque sin hablar de las recompensas reservadas á la virtud en la otra vida, y de los suplicios destinados á la impiedad y al vicio, la virtud me parece llevar consigo misma su recompensa, y el pecado su suplicio. « Por más calumnias que se publican contra la virtud, por más alabanzas que se den al vicio, todas ellas no serán capaces de hacerme abandonar la una para seguir el otro. Siempre amaré la virtud, aun que cubierta de oprobios ; y del mismo modo detestaré el vicio, aun cuando esté coronado de gloria. »

Sus sentimientos con respecto á sus persecuciones eran tan cristianos y tan humildes, que hasta se reprochaba de no orar por ellos con toda la pureza y extension de corazón

que habría deseado. Lo que á este propósito dice en una de sus cartas pareció tan edificante y piadoso á un sabio autor (Tillemont) cuyas Memorias empleamos aquí, que él nos dió su traduccion por entero. Ella merece ser traída como él la trae.

« Yo sé perfectamente, dice él, que me es glorioso ya en este mundo, y que todavía me será más glorioso en el otro, el haber sufrido las injurias y las injusticias. En cuanto á lo de creerme obligado para con los que me maltratan, aun cuando ellos lo tengan por costumbre, y que con esto se glorian de ello teniéndose por personas que nos procuran un nuevo acrecentamiento en la virtud, yo no me excuso de que no me guste tejerme coronas con la desgracia de los demás sino que confieso que es una cosa muy grande para mí y que sobrepuja á mis fuerzas. Puedo sufrir con paciencia todo lo que me hacen ; pero no he llegado todavía hasta á agradecersele y á rogar con una caridad pura y ardiente por los que no cesan de hacerme todo el daño que pueden, sobre todo cuando ni siquiera sueñan en arrepentirse y hasta se rien de que se ruegue por ellos. He ahí mi disposición ; me gusta que la sepais. En cuanto á vos si haceis lo que yo no puedo hacer, alabo y estimo grandemente esta grandeza de alma ; pero os confieso mi debilidad. Frecuentemente he orado con una completa cordialidad por los que se habian declarado enemigos míos en algunas ocasiones. En cuanto á los que lo hacian con intento y con una afectada malicia, cuando quise también rogar por ellos, he visto bien que eran los labios los que oraban más bien que el corazón. Esto no me impide el creer que otros han llegado á este grado ; por ello siento alegría y deseo poderles seguir ; pues al menos yo no soy como muchos otros que no pueden creer que alguno haya llegado á una virtud de la que ellos se creen incapaces, juzgando de los otros por sí mismos, ó que, para no avergonzarse de su

flojedad, se glorian de hacer lo que no hacen, ó alegorizan los mandamientos del Evangelio para no creerse obligados á cosas que no tienen el valor de emprender, como yo sé que lo hacen algunos con respecto á la prohibición de tener dos túnicas, porque no pueden practicarla á la letra. Mejor harian, sin espiritualizar tanto, en honrar la virtud de los que lo pueden y confesar su debilidad que les impide imitarles. En cuanto á mí, á los que más estimo son los que hacen lo que yo todavía no puedo hacer. »

Sólo cuando encontraba resistencia á sus consejos, y veía el mal ó demasiado grande ó casi incurable, escribía con una santa vehemencia. Per otra parte templaba su pluma con miel y con una dulzura toda cristiana. « Con las personas de bien, decía, conviene presentarse dulce y humilde ; pero con la gente fiera y orgullosa se debe usar un tono elevado. Aquellos consideran la dulzura como una virtud ; por eso se ha de emplear para consolarlos. Mas como estos sólo atienden á la fortaleza y al coraje, es necesario manifestarles firmeza para rebatir su orgullo. Con esta sabia y prudente conducta se sostienen los unos y se humillan los otros. No se conquista todo el mundo con los mismos medios ; los mismos remedios no curan toda clase de enfermedades ; cuanto hay diferentes enfermedades, ha de haber diferentes remedios. »

Hemos dicho que su celo se hacía estensivo á las personas de todas categorías. En efecto, escribió á los primeros personajes del imperio, y hasta al emperador ; y se puede decir que todos estos recibieron mejor sus amonestaciones, que no las habían recibido ciertos personajes cuyo corazón se había ya endurecido por el abuso de la santidad del carácter. Se había hecho un tratado con los bárbaros vecinos del imperio. que debían guardar bajo un recíproco juramento que el Santo reprobó, y del cual se quejaba como capaz de encender más bien la cólera de Dios, que de